

tad de fundir las culturas española (republicana) e hispanoamericana, verificable en sus páginas, es el signo distintivo de este ambicioso proyecto, de final abrupto y prematuro. El valioso estudio de Teresa Férriz pone de manifiesto la importancia de aquel momento para la historia de la literatura española. La autora logra dar cuenta de la vigencia de *Romance*, al descubrir y analizar sus líneas de interés principales; una tarea no menor si se repara en la diversidad textual que ofrece la publicación y si se tiene en cuenta que, salvo la primera exploración de Caudet, no abundan los estudios en profundidad sobre esta revista. Es necesario analizar los legados que *Romance* dejó en el medio cultural en que se desarrolló, el mexicano; en específico, su influencia, y la influencia de algunos de sus hacedores, en publicaciones posteriores como el suplemento *México en la Cultura* (del diario *Novedades*), donde también participó Miguel Prieto, por ejemplo. En general, como se desprende del presente estudio, se podrían continuar las pesquisas sobre la relación de *Romance* con otras revistas del exilio contemporáneas y también con las mexicanas de la época, lo que añadiría otros matices a la reflexión sobre la historia literaria mexicana de finales de los años treinta y principios de los cuarenta. Estos últimos aspectos no formaron parte, explícitamente, del interés de Teresa Férriz Roure, aunque su libro contribuya en gran medida para comenzar a esclarecerlos.

IVÁN PÉREZ DANIEL
El Colegio de México

Poetas del exilio español: una antología. Ed. de James Valender y Gabriel Rojo Leyva. El Colegio de México, México, 2006; 444 pp. (*Serie Literatura del Exilio Español*, 8).

Una antología se encuentra siempre –lo haga de modo explícito o no– en una búsqueda de equilibrio, de proporción entre dos objetivos que pueden resultar contrapuestos. Más aún, dada la vastedad del campo de lo literario, una antología de poesía es necesariamente una antología *de*; se ve obligada a recortar un ámbito de lo que es, para ella, lo “antologable”; segmenta un universo dentro del cual construye su selección. De allí el difícil equilibrio en el que se ve envuelta. Debe, por un lado, elegir una serie de textos que por su calidad se destacan en ese universo y, por otro, debe dar cuenta de ese mismo ámbito, mostrar el modo en que está conformado. Esta segunda búsqueda conlleva un intento de descripción, e incluso de hacer una historia, del campo que construye y selecciona. Así pues, toda antología está en busca de un balance entre la reunión de “lo mejor” y la reunión de

“lo más característico”; toda antología, entonces, procura al mismo tiempo ser selectiva y representativa.

Cuando el “universo” del que se escoge un grupo de textos es la poesía del exilio español, estos problemas se muestran particularmente agudos. En buena medida, la dificultad surge del hecho de que aún no disponemos de un conocimiento pormenorizado de la literatura del exilio, un conocimiento que permita observar con claridad la obra realizada por los escritores exiliados. Es por ello que, en tal antología, se vuelve especialmente importante el aspecto representativo de la selección. Y es, a la vez, por ello mismo, que elegir, en un conjunto aún no del todo conocido, se hace doblemente difícil. El volumen que presentan James Valender y Gabriel Rojo Leyva enfrenta esa serie de problemas, los considera y –con indudable acierto– los resuelve.

Hay una suerte de alteración sutil en el título de este libro que no debe desatenderse. Allí donde lo frecuente sería encontrarse, por ejemplo, con una *Antología de la poesía del exilio español*, el volumen se titula *Poetas del exilio español: una antología*. La diferencia, que podrá parecer menor, es relevante. Por un lado, pone en primer lugar el objeto que se presenta, la obra de los poetas del exilio; por otro, el adjetivo indeterminado “una” subraya el recorrido, la propia lectura de los editores.

Justamente por ello, quizás sea ésta una de las más importantes contribuciones a tener en cuenta al empezar a subsanar una situación que, de modo preciso, describe la primera frase de este libro: “La historia de la poesía española en el exilio está todavía por escribirse” (p. 9). Y en efecto, a pesar del conocimiento cada vez mayor de esa obra, a pesar de la serie de investigaciones y reediciones, aún no se ha escrito esa historia.

El estudio de distintos autores, el rescate de obras olvidadas o de difícil acceso, puede dar a menudo –y sobre todo al especialista– la idea de que la poesía del exilio es un “campo” prácticamente conocido, cultivado, recuperado. Sin embargo, este sin duda cada vez mayor conocimiento (lo que no obsta que aún resten muchos escritores por estudiar), junto con los beneficios y la justicia que conllevan, trae también aparejado un riesgo, el riesgo de caer en una trampa: construir un “mapa” que, como bromeaba Borges, sea tan preciso, pormenorizado, que esté hecho en una escala de uno a uno. Ese tipo de recuperación –sin duda necesaria, puesto que aún no contamos con ese “mapa”– puede acarrear, entonces, sin quererlo, el peligro de dejar la poesía del exilio español fuera de la historia de la literatura, convertirla en un objeto autónomo y ajeno a las literaturas con las que dialoga. Puesto que una historia de la literatura se construye con base en una serie de discusiones sobre el canon, requiere de una lectura sesgada, que escanda en la multiplicidad de publicaciones un sentido,

que encuentre en la diversidad de textos un grupo que ofrecer como entrada, como selección.

Más aún, la “exhumación”, por decirlo así, de un texto no necesariamente trae aparejada su lectura. Desde luego, el especialista puede conocer los más ocultos detalles de la vida y la obra de determinado autor. Sin embargo, ese tipo de estudios no garantiza su ingreso en la historia de la literatura, en el diálogo con la tradición ni en la consecuente posibilidad de incidir en la literatura contemporánea. Una obra rescatada no es necesariamente una obra puesta en circulación, ofrecida para su lectura.

La importancia de contar entonces con una lectura de esa poesía, de empezar a discutir un canon, es insoslayable. No se trata sólo de la utilidad de disponer de una “visión de conjunto”, sino de que la serie de estudios especializados antes mencionada sea leída, reaprovechada y pueda entonces cumplir su labor de, poco a poco, revisar tópicos o modos estandarizados de considerar la literatura del siglo xx. *Poetas del exilio español: una antología*, sin duda, conecta los últimos estudios y reediciones dedicados al tema con un público más amplio y con una reflexión sobre la historia y características de esa misma literatura.

No es ésta una antología de la obra general de los poetas exiliados, sino específicamente una antología de la poesía del exilio de esos poetas; vale decir, aún en los casos de escritores con una amplia obra editada antes de la guerra, se han seleccionado poemas posteriores al momento de su destierro. La aclaración no es ociosa, puesto que no se trata sólo de señalar que es en verdad una selección de poesía escrita en el exilio, sino también de subrayar un criterio que la distingue de otras. A menudo las recopilaciones de textos de los exiliados reúne indistintamente poemas anteriores y posteriores a 1939, o bien circunscribe la selección a autores con una obra ya conocida antes de la Guerra Civil (en especial, los escritores de la llamada “Generación del 27”), lo cual es un modo implícito de retomar un canon ya conformado entonces, en gran medida sancionado en 1932 y 1934 en las dos ediciones de la antología de *Poesía española* de Gerardo Diego, un modo, en fin, de soslayar la historia de los poetas y de la poesía española del siglo xx.

Por otra parte, los editores retoman en este volumen una distinción que formulara José Ricardo Morales en 1943 entre poesía *del* exilio y poesía *en* el exilio para mostrar que su selección no se circunscribe a un determinado ámbito temático. Así, queda mejor representada la obra de autores como Juan Ramón Jiménez, León Felipe, José Moreno Villa, Pedro Salinas, Jorge Guillén, Emilio Prados, Luis Cernuda, Rafael Alberti, Juan Gil-Albert. El lector encuentra poemas referidos a la circunstancia del destierro tan conocidos como “Reparto” de León Felipe (aquel en el que el poeta se

“lleva la canción”), pero puede asimismo disponer de otros que, no refiriendo necesariamente al exilio, contienen a veces lo mejor de su producción.

Sin embargo, el trabajo de investigación llevado a cabo luce no sólo en la atinada selección de la obra de poetas tan reconocidos como los ya mencionados (y muchos otros: Juan José Domenchina, Concha Méndez, Pedro Garfias, Manuel Altolaguirre, Ernestina de Champourcin, Arturo Serrano Plaja...) sino, sobre todo, en el hecho de que han sido incluidos autores que no suelen encontrarse en otras recopilaciones. Como señalan los editores, “uno de los propósitos que nos han alentado ha sido el de rescatar para el lector una serie de poetas valiosos cuya obra sigue más o menos sumergida en el olvido” (p. 31). En este sentido, es posible notar la inclusión de secciones dedicadas a la poesía de escritores que pueden resultar desconocidos incluso para el lector especializado: José Rivas Panedas, Marina Romero, Antonio Aparicio, Bernardo Clariana, María Enciso, Francisco García Lorca, Jacinto Luis Guereña o Ángel Lázaro pueden ser un verdadero descubrimiento. Más aún cuando, como en el caso de José María Quiroga Plá, se recopilan poemas sueltos, no incluidos en los libros aparecidos en vida del autor, e inéditos que, sin contar con esta antología, resultarían de muy difícil consulta.

Asimismo, se incluyen escritores que, como Juan Chabás o Germán Bleiberg, aunque relativamente leídos, no se les conoce tanto como poetas; o bien escritores muy reconocidos como narradores, dramaturgos o ensayistas cuya obra poética está siendo recientemente atendida, como Max Aub, Rosa Chacel o Adolfo Sánchez Vázquez, e incluso José Bergamín o Juan Rejano –poetas también casi desconocidos, exceptuando un reducido número de especialistas.

Los límites que la selección se impone son de dos tipos. Por un lado, la lengua; la antología se restringe a la poesía escrita en castellano. Dos solas excepciones –“dada la excepcional calidad de su obra”, como aclaran los editores– se incorporan: son las versiones castellanas de la poesía de Josep Carner y Agustí Bartra, y, en ambos casos, “dando preferencia, siempre cuando esto ha sido posible, a traducciones realizadas por ellos mismos”. La presencia de estos dos poetas catalanes sirve a la vez para ejemplificar la pluralidad de nacionalidades históricas que contribuyeron a la riqueza de la poesía del exilio. Otro tanto podría decirse de la inclusión del poeta gallego Lorenzo Varela, representado en el libro por poemas originalmente escritos en castellano.

En segundo lugar, la antología excluye a los poetas que se exiliaron siendo niños, la generación que, por estar compuesta en su mayoría de refugiados en México, se suele llamar de “hispanomexicanos”. La obra de este grupo cuenta en la actualidad con antologías que la recopilan, como *Última voz del exilio. (El grupo poético hispanomexicano)*,

de Susana Rivera, y la más reciente de Bernardo Sicot (*Ecos del exilio. 13 poetas hispanomexicanos*, aparecida en la conocida colección *Biblioteca del Exilio*). La decisión editorial parece ampliamente justificada, en la medida que –más allá de la lógica modificación de las circunstancias literarias en las que se escriben las obras de unos y otros– la actitud frente al destierro de un adulto y de un niño promueve distintas maneras de pensar su condición de exiliado. La manera en que esa condición repercute sobre la poesía es desde luego sesgada, problemática, pero justifica sin duda que a ese grupo, heterogéneo respecto de quienes se exiliaron ya adultos, se le dé un tratamiento aparte. Así pues, la edad de los autores es un criterio de delimitación de las obras seleccionadas y, de modo coherente, el ordenamiento de la antología recurre a las fechas de nacimiento de los treinta y ocho poetas incluidos, desde Enrique Díez-Canedo, nacido en 1879, a Francisco Giner de los Ríos, de 1917. Por lo demás, este ordenamiento evita el recurso a agrupaciones por “escuelas” o por “generaciones”, que suele descansar en un canon poco revisado –el mismo que excluye la obra de quienes iniciaron su producción luego de la guerra o poco tiempo antes. Queda así, nuevamente, en primer plano la poesía.

En resumen, por la serie de rasgos distintivos que ostenta, cabría decir que, en verdad, es ésta la primera antología de la poesía del exilio español y sería posible señalar diversas formas en las que resulta ser verdaderamente representativa. Así, por ejemplo, no sería sorprendente encontrar alguna proporción, una distribución equivalente, entre los lugares de radicación de los poetas aquí representados, entre los que predominan los que habitaron en México, y los destinos del exilio de republicanos y antifranquistas en general. También geográficamente, entonces, queda bien expuesta la poesía del exilio español.

Las notas introductorias a cada poeta, sin convertirse en prefacios extensos que recarguen el libro, tampoco escapan –como a veces se hace, recurriendo a una escueta mención de fechas de nacimiento y a una breve enumeración de principales obras publicadas– a la tarea de realizar una verdadera presentación. Además de datos biográficos, estas notas no eluden la lectura de la poesía que comentan, sirven en verdad para poner en contexto no sólo la vida del autor sino sobre todo su obra poética, ofrecen referencias bibliográficas completas y actualizadas y, en fin, manifiestan la certeza de que el trabajo de edición, no por tener que dejar hablar en primer lugar a los textos seleccionados, debe esconder su labor de interpretación.

La introducción general, a cargo de James Valender, excede en mucho la sola noticia preliminar de la antología y merece un comentario aparte. En efecto, este prólogo constituye un verdadero estudio sobre la historia de la poesía del exilio. A partir del análisis de una serie de antologías publicadas desde el fin de la Guerra Civil española,

a la vez que traza los antecedentes de este libro (los cuales muestran implícitamente la originalidad de la colección que prologa), Valender realiza un estudio de los modos en que fue vista la poesía del exilio. La revisión de los criterios que guiaron las antologías publicadas en las décadas de los años cuarenta y cincuenta, de la manera en que pensaban su relación con la tradición hispánica y con la poesía escrita en la península, hace de este trabajo un verdadero análisis de rasgos fundamentales de la poesía y de la literatura del exilio (concepciones de la literatura, maneras de pensar la relación entre historia y literatura, etc.) e incluso de aspectos que podríamos llamar sociales de ese mismo exilio (modos en que se percibe la labor realizada en el destierro, consideraciones políticas que determinan la atención ofrecida —o no— a la obra de las nuevas generaciones que surgen en España, etc.). A su vez, este análisis, atendiendo a una serie de relaciones mucho más amplia que caracteriza la escritura y circulación de estos textos, impide su consideración como algo aislado; en el diálogo y preocupaciones que demuestra haber en la poesía del exilio, se pone implícitamente en tela de juicio un modo de pensar la poesía y la literatura del exilio propio de la historiografía española.

El volumen se cierra con una utilísima bibliografía general. Los editores convierten el frecuente, casi mecánico, procedimiento de la enumeración de referencias bibliográficas en una verdadera herramienta, ya que contiene, además del usual repertorio crítico sobre el tema, listados —ordenados cronológicamente— de, por un lado, antologías publicadas y, por otro, diccionarios y bibliografías.

Si, como se dijo, el análisis de las antologías en la que ha sido recopilada la poesía del exilio a lo largo de los años del destierro ha permitido, en la introducción del volumen, una reflexión sobre concepciones de la literatura y modos de pensar su historia, la presente selección de *Poetas del exilio español* promueve una nueva reflexión; el trabajo exhaustivo que la sustenta sirve de resumen, de descripción del “estado de la cuestión”, e invita a repensar esa misma historia. Así, este volumen es algo más que, como reza el subtítulo, una antología. Es un libro fundamental para quien desee hacerse una idea más completa de lo que fue la poesía del exilio español. El equilibrio entre selectividad y representatividad que logra el volumen garantiza esa alternativa. Al mismo tiempo, en la capacidad de resultar interesante a un lector no académico, ofreciendo una muestra de la mejor poesía del exilio español, y a la vez de ser útil para el especialista, halla esta antología otro equilibrio, una proporción que vuelve necesaria su lectura.